
El legado intelectual de Marcelo Diamand (1929-2007)

Autor(es): Odisio, J., Neffa, J. C. y Heymann, D.

Fuente: H-industri@: Revista de Historia de la Industria, los Servicios y las Empresas en América Latina, Año 11-Nº 21 (Diciembre 2017), pp. 121-147.

Publicado por: Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

Vínculo: <http://ojs.econ.uba.ar/ojs/index.php/H-ind/article/view/1041>



Esta revista está protegida bajo una licencia *Creative Commons Attribution-NonCommercialNoDerivatives 4.0 International*.

Copia de la licencia: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

¿CÓMO CITAR?

Juan Odisio, Julio César Neffa y Daniel Heymann. (2017) El legado intelectual de Marcelo Diamand (1929-2007). H-industri@ 11(21): 121-147.

<http://ojs.econ.uba.ar/ojs/index.php/H-ind/article/view/1041>



H-industri@ es una revista académica semestral editada por el Área de Estudios Sobre la Industria Argentina y Latinoamericana (AESIAL) perteneciente al Instituto Interdisciplinario de Economía Política de Buenos Aires (IIEP-Baires): <http://ojs.econ.uba.ar/ojs/index.php/H-ind>

El legado intelectual de Marcelo Diamand (1929-2007)

Los días 3 y 4 de agosto de 2017 tuvieron lugar las “Sextas Jornadas de Historia de la Industria y los Servicios” en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (FCE-UBA), organizadas por el Área de Estudios sobre la Industria Argentina y Latinoamericana (AESIAL).

Reproducimos a continuación las intervenciones de la mesa de cierre de las Jornadas, dedicadas a la memoria del ingeniero Marcelo Diamand al cumplirse una década de su fallecimiento. La conferencia fue moderada por el Dr. Marcelo Rougier y participaron -en orden de exposición- los Dres. Juan Odisio, Julio César Neffa y Daniel Heymann.¹

Juan Odisio (AESIAL/IIEP-Baires)

Esta presentación es en realidad una parte muy pequeña de una investigación de mucho más largo aliento realizada en conjunto con Marcelo Rougier durante los últimos años, acerca de las ideas y debates sobre la industria en Argentina; un libro que abarca el período de 1918 a 1980 y que esperamos pronto vea la luz.²

De ese extenso trabajo, voy a referirme específicamente a lo que hemos analizado sobre las ideas iniciales de Marcelo Diamand, en el contexto de lo que los economistas discutían en el país a finales de la década del sesenta. Por esa época las propuestas de Diamand comenzaron a ganar influencia. Él mismo reconocía que la crisis de 1962/63 lo había impulsado a estudiar los problemas de la industria y sería uno de los más destacados exponentes de aquello que Rougier denominó originalmente en su tesis doctoral -un poco intuitivamente quizá-, como la “conciencia industrial-exportadora”, que ahora hemos estudiado ampliamente en ese libro que les comento. En breve, se trata de la emergencia de un relativo consenso entre los economistas de los sesenta, acerca que la forma de romper con el estancamiento de la Argentina era mediante la exportación manufacturera.

Por ese entonces Diamand creó el Centro de Estudios Industriales, desde donde tomó parte fundamental del fuerte debate entonces vigente acerca de la estrategia económica a seguir. La presentación del Centro en 1968 incluyó un ciclo de conferencias que reunió a varios de los intelectuales más destacados sobre el desarrollo y la cuestión industrial de la época: Guido Di Tella, Aldo Ferrer, Jorge Sabato, entre otros. La primera exposición fue la del propio Diamand, acerca de la estrategia global necesaria para profundizar el desenvolvimiento industrial del país. Ese trabajo, junto con otros dos artículos del año siguiente conformaron, según sus propias palabras, una “unidad conceptual en su estudio sobre las características no convencionales de la estructura productiva argentina” (Diamand 1969b, nota 1) y creo que allí desplegó las categorías fundamentales que sustentarían luego sus trabajos más conocidos (especialmente, su libro de 1973), como el de “estructura productiva desequilibrada” y el argumento a favor de un tipo de cambio múltiple para facilitar la salida exportadora de la industria.

La propuesta de mi presentación entonces es trazar una especie de breve mapa conceptual acerca de cómo construyó sus argumentos este ingeniero, partiendo desde esos tempranos aportes. En primer lugar, debe señalarse que, como casi todos los analistas de la época, Diamand destacaba que la opción había sido equivocada al avanzar en la orientación autárquica de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). La industrialización “hacia adentro” implicaba que, en la medida en que se pasaba de la fabricación de bienes

¹ La transcripción de cada presentación fue respectivamente revisada y corregida por cada uno de los conferencistas para esta publicación.

² El libro lleva por título “Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos”. Las ideas sobre el desarrollo nacional (1918-1980) y será publicado por Imago Mundi a principios de 2018.

finales a nuevas materias primas, productos intermedios y bienes de capital, los precios industriales tendieran a elevarse cada vez más. El incremento de la productividad ganado con la mayor producción se encontraba finalmente superado por un efecto opuesto, asociado al inicio de la sustitución en nuevas ramas, cuyos mayores costos se propagaban hacia toda la estructura industrial. Por ello, sostenía que “la misma dinámica del desarrollo industrial autárquico aumenta cada vez más la discrepancia inicial entre los costos industriales y los primarios, llevando a un proceso acumulativo de deformación de costos y precios relativos internos” (Diamand 1969a, p. 17). En esto, Diamand no hacía más que retomar una formulación usual entre los economistas de su época.

La estrategia ISI tenía “rendimientos decrecientes”. Los efectos negativos originaban que fuera cada vez más dificultoso mantener el ritmo necesario de sustitución para compensar la creciente demanda de divisas, tal como antes había expresado David Felix, un economista estadounidense que había estado varias veces en el país. Dado que la exportación de bienes agropecuarios se encontraba limitada, era inevitable caer repetidamente en crisis del balance de pagos que desataban como respuesta la alteración del tipo de cambio. A diferencia del proceso en los países industriales, el ajuste se producía por vía de la recesión. Para explicar esto, Diamand diferenciaba entre industrias sustitutivas, en un sentido estricto, de las industrias para el consumo interno. Las primeras se referían a aquella producción local que reemplazaba anterior importación y permitía un efectivo ahorro de divisas. Pero el proceso de industrialización no se había limitado a estas ramas, sino que en parte importante se había desplegado hacia productos que antes se adquirían marginalmente en el exterior y por ende no disminuían el coeficiente de importaciones. Se planteaba entonces un “dilema” en la estrategia de desarrollo: “el país crece internamente, pero su capacidad de generar divisas no crece en proporción, déficit que tampoco alcanza a ser compensado por la sustitución de importaciones. Como consecuencia, la tendencia al desequilibrio externo se materializa en formas de periódicas crisis de la balanza de pagos” (Diamand 1969b, p. 38). Frente al ahogo de divisas, los gobiernos habían frenado el ritmo de crecimiento mediante políticas monetarias astringentes, que afectaban la inversión. El déficit externo también obligaba a devaluar el tipo de cambio, lo que desataba a la inflación incluso en un contexto de restricción monetaria. La iliquidez consecuyente como la redistribución regresiva del ingreso afectaban a la demanda y finalmente la recesión volvía a poner las cuentas en orden.

Como las actividades industriales demandaban divisas que no producían, la forma de alcanzar el equilibrio era mediante la crisis, como mostraban los conocidos modelos de *stop and go* entonces en boga. El ajuste que desencadenaba la modificación del tipo de cambio en los países “en transición” provenía de la crisis, que disminuía la demanda de importaciones y liberaba saldos exportables. Al postular como predominante el efecto ingreso, Diamand hacía suyos los argumentos que, desde unos años antes y a partir de los aportes originales de Carlos Díaz Alejandro, lanzaban los economistas afines a la teoría de la “devaluación contractiva” como Ferrer, Oscar Braun o Javier Villanueva.

Distinguía Diamand dos “mecanismos” para inducir la recesión: si existía control de cambios la operatoria resultaba evidente, ya que al restringirse las importaciones la actividad industrial debía frenarse, pero bajo un régimen libre de cambios el ajuste se daba por mecanismos monetarios indirectos. La devaluación daba pie a lo que Diamand denominaba “inflación cambiaria”, un tipo especial de inflación de costos y opuesta a la inflación de demanda: “mientras el diagnóstico tradicional atribuye todo fenómeno inflacionario al exceso de demanda con respecto a la oferta global, aquí estamos en presencia de una causación inversa. El origen del proceso es el desequilibrio de la balanza de pagos y la inflación del tipo que señalamos es el efecto de las medidas que se toman a raíz de ese desequilibrio” (Diamand 1968, p. 33).

En términos generales, Diamand planteaba que podían pensarse tres tipos de limitación al crecimiento industrial: una “clásica” que ponía el acento en la oferta -problemas para expandir la capacidad productiva-, luego la que provenía de una débil demanda interna, que no ofrecía absorción suficiente para aprovechar los recursos disponibles (problemática que asociaba al pensamiento keynesiano) y finalmente, una perturbación más novedosa, el estrangulamiento externo, que configuraba un cuello de botella particular sobre un insumo esencial; las divisas.

Diamand sostenía que la primera orientación (la llamada “clásica”) era la que tenía una mayor influencia en el país, repetida por los medios de comunicación y recomendada por los organismos internacionales. Como esa perspectiva adjudicaba los problemas externos a desórdenes internos, las medidas se orientaban exclusivamente a su “saneamiento” que desembocaban siempre en una recesión. En vez de aplicar medidas para mejorar la performance del balance de pagos los objetivos más inmediatos de esa política económica eran detener la inflación, eliminar las “ineficiencias” y redistribuir el ingreso para incrementar el ahorro. Tampoco el esquema keynesiano resultaba adecuado, ya que “de manera simplista” concluía que el problema argentino era la falta de consumo. Al fomentar la actividad interior sin medidas integrales para el sector externo, terminaba cayendo en el déficit de divisas, al que se enfrentaba con medidas improvisadas.

La aplicación de uno y otro esquema había dado pie a “oscilaciones periódicas entre medidas suicidas por un lado y medidas improvisadas y deformantes por el otro” (Diamand 1968, p. 49). Lecturas erróneas llevaban a propuestas erróneas. Sin reconocer los verdaderos “factores limitadores” al crecimiento sostenido, se habían establecido “prioridades equivocadas” y por ende, “falsas estrategias”. Frente a una y otra alternativa, la política económica debía orientarse más bien a garantizar el crecimiento interno, velando que no fuera interrumpido por el faltante de divisas y “al mismo tiempo lograr que *el costo económico del equilibrio externo en términos de eficiencia y racionalidad de la estructura productiva interna sea el menor posible*” (Diamand 1968, p. 47). En ese sentido, Diamand sostenía que la política para superar los problemas argentinos debía enfocarse en medidas que tendieran al mejoramiento de la posición externa. Con tal fin, dividía su proyecto en cinco puntos: controles sobre el gasto de divisas; promoción de nuevas actividades que proveyeran o ahorrasen divisas; expansión de las actividades tradicionales de exportación; transformación de actividades destinadas al consumo interno en industrias exportadoras y; reestructuración del régimen cambiario e impositivo para sostener una expansión exportadora sin sacrificio del crecimiento interno.

Introdujo entonces un concepto que sería clave en su pensamiento y en su propuesta específica para el sector industrial: el de “estructura productiva desequilibrada” para caracterizar la situación prevaleciente en la economía argentina, donde coexistían dos sectores con productividades y precios relativos muy distintos (Diamand 1969a). La elevada fertilidad pampeana permitía exportar a precios competitivos mientras que la industria tenía precios superiores a los internacionales y debía orientar su producción exclusivamente hacia el mercado interno, fuertemente protegido por barreras arancelarias. Dado que, según entendía Diamand, los países fijaban el tipo de cambio en función de los costos y precios del sector exportador, la industria -dada su menor productividad relativa- quedaba en posición desventajosa frente a la competencia extranjera. En consecuencia, la política industrializadora había debido acompañarse indefectiblemente de una elevada protección contra las importaciones.

Al haberse industrializado un país que era eminentemente exportador de productos primarios (lo que, además, para el ingeniero había respondido antes a una alteración en el funcionamiento del sistema económico que a una decisión deliberada de política económica), se creó una estructura de precios distinta a la vigente en los mercados internacionales, y por un proceso de “causación acumulativa” se amplificaron los desequilibrios y la diver-

gencia respecto a los postulados por el pensamiento económico tradicional. El primer elemento de dicha cadena quedaba caracterizado justamente por el hecho que la industria demandaba divisas que no generaba, dando origen a un modelo cuyo limitante principal se ubicaba en el sector externo y no respondía a los lineamientos “clásicos” ni “keynesianos”.

La solución hacia adelante era, en consecuencia, terminar con el tipo de cambio único que impedía exportar a los sectores de menor productividad relativa. Era cuestión de equiparar la situación de las importaciones con la de las exportaciones. La industria gozaba de numerosos aranceles que adecuaban la paridad cambiaria a la productividad del sector, pero ese esquema de protección -en principio, de carácter excepcional- resultaba contradictorio. Al socavar la posibilidad de realizar exportaciones manufactureras, reafirmaba la “excepcionalidad” de las actividades protegidas, que sólo podían sobrevivir tras esas barreras arancelarias:

La contradicción entre una estructura productiva industrial considerada “ineficiente” y la imposibilidad práctica de terminar con esta “ineficiencia” lleva a un manejo cambiario “vergonzante”, el que se realiza mediante una estructura disimulada de cambios importadores, también vergonzantes [...] Dentro de un vacío total creado por falta de directivas, el manejo de derechos de importación se rige por presiones sectoriales y por la ideología de los funcionarios de turno, frecuentemente en contradicción con objetivos explícitos de la política económica. Se cae así en el peor procedimiento de todos: en un régimen cambiario improvisado, incoherente y asimétrico que no solo impide crecer a la economía, sino que de hecho impulsa a una ineficiencia cada vez mayor y a desequilibrios cada vez más pronunciados de la estructura productiva (Diamand 1972, p. 46).

El problema era que estos “seudocambios” ofrecían solamente una solución parcial, ya que establecían una estructura asimétrica: actuaban sobre las importaciones, pero las exportaciones debían seguir operando sobre el tipo de cambio correspondiente a la paridad del sector primario. Reconocía a Di Tella el haber alertado insistentemente sobre esa situación contradictoria y añadía que “es esta asimetría cambiaria la que imposibilita el desarrollo de las exportaciones industriales, obliga a seguir el camino autárquico y lleva al callejón de la política sustitutiva, caracterizado por la imposibilidad de autofinanciar en divisas el desarrollo y por periódicas crisis que tienden a desindustrializar el país” (Diamand 1972, p. 41).

La solución pasaba por adoptar una paridad que se correspondiera con la productividad relativa del sector industrial, siendo la respuesta directa la adopción de una devaluación compensada, siguiendo las proposiciones que antes habían planteado Raúl Prebisch y Nicholas Kaldor.³ A tal fin, planteaba varios esquemas cambiarios posibles (reforma cambiaria, *draw-backs* generalizados o “reintegros simétricos”) pero reconocía que las “diferencias menores” en ellas eran menos importantes que la necesidad de quebrar el “circulo vicioso” de la política económica sustitutiva. Además, señalaba que los tres esquemas también permitirían -más allá del mayor gasto directo que implicaría su adopción- incrementar los recursos fiscales, y al atacar la raíz de las crisis externas, esa inversión permitiría sortear el derrumbe de la recaudación originado por las recesiones recurrentes.

Por otra parte, y también como parte de su impugnación de las “concepciones erróneas” de los economistas, Diamand insistía en diferenciar entre la insuficiencia de ahorro y la de divisas, tal como antes había marcado Carlos Moyano Llerena, entre otros: “Se trata de dos fenómenos totalmente distintos; en un caso se trata de la capacidad de financiar inversiones internas y en el otro de la capacidad de financiar las importaciones, sean éstas destinadas a la inversión o al consumo, indistintamente” (Diamand 1968, p. 37). Y agregó poco después que “el déficit de balanza de pagos puede darse a niveles inferiores que los de pleno empleo de los recursos, por causas ajenas a la insuficiencia de ahorros: el

³ La necesidad de adopción de la devaluación compensada había sido defendida por el propio ingeniero desde 1966; cfr. Diamand 1969a, nota 14 y Valle 2011, p. 114

país puede tener una alta tasa de ahorro, potencialmente suficiente para financiar las inversiones que desea realizar, pero carecer de divisas para llevar a cabo este objetivo” (Diamand 1969b, p. 65).

En línea con el alejamiento respecto a los preceptos de la teoría convencional, planteaba distintos argumentos a favor de una mayor industrialización del país. Decía que “el desarrollo industrial de los países como la Argentina significa un abandono deliberado de ventajas comparativas, la creación de un desequilibrio dentro de la estructura productiva y la promoción del crecimiento industrial, o sea la promoción del crecimiento del sector de una productividad relativa menor” (Diamand 1972, p. 40). Las actividades industriales, por su mayor complejidad productiva y en comparación con las primarias, dependían de manera mucho más estrecha del nivel de capitalización tecnológico-social. En otras palabras, el grado de desarrollo era el que explicaba la eficiencia industrial y no a la inversa.

Por el contrario, en el “mundo real” se verificaban condiciones que volvían inválidas las recomendaciones del librecambio y la división del trabajo internacional de acuerdo con las ventajas comparativas del país. La especialización en una economía primaria no resultaba conveniente, tanto por la posibilidad siempre latente de que surgieran limitaciones del mercado mundial como por la incapacidad de dichas actividades para garantizar la ocupación de toda la población. En esas circunstancias, era viable encarar una política de industrialización que diera empleo a todos los factores productivos disponibles. Como ya había señalado Di Tella, mientras ello no afectara la producción primaria implicaba una asignación más eficiente de recursos. Señalaba Diamand además que las ventajas comparativas eran dinámicas (nuevamente en línea con las ideas, entonces novedosas, de Kaldor), por lo que la industrialización permitía elevar, con el tiempo, no solo la productividad del propio sector sino incluso de toda la economía propiciando una mejor distribución del ingreso y la modernización de la sociedad.

Profundizando esa línea de argumentación, Diamand derivó poco después un fuerte argumento en favor del impulso industrializador que no se fundamentaba en los límites que encontraba la expansión del sector primario ni los problemas de los mercados de trabajo, sino en el fenómeno de que la productividad industrial dependía del propio grado de industrialización:

Este carácter creciente de la productividad industrial hace que el concepto de ventajas comparativas se vuelva totalmente dinámico. Muchas de las actividades que a la luz del principio de ventajas comparativas representaban el uso ineficiente de recursos hace 10 años, dentro de la estructura actual ya se pueden considerar como eficientes incluso a la luz de este principio y muchas de las que todavía no lo son hoy, lo serán dentro de los próximos 10 años. Sin embargo, estas actividades industriales nunca hubiesen podido surgir y pasar su etapa de menor productividad si su nacimiento hubiese sido condicionado por ventajas comparativas inmediatas, tal como sucede cuando la política económica se inspira en la economía clásica. Es por ello -e independientemente de las actuales restricciones de demanda y de oportunidades de empleo en el sector primario- que creemos firmemente que la industrialización de los países exportadores primarios, incluso cuando pudiera parecer ineficiente a la luz de la teoría clásica, es en realidad altamente deseable, aunque para realizarla haya que apartarse por algunas décadas del principio de ventajas comparativas (Diamand 1972, p. 45).

Su propuesta partía de considerar la prevalencia de una elevada dispersión de productividades al interior del sector manufacturero, retomando lo señalado por los estudios de la CEPAL desde mucho antes. Frente a ello, la política industrial debía tomar un patrón de referencia para definir un nivel mínimo de productividad, a partir del cual se debían apoyar las nuevas inversiones. Desde el punto de vista de la eficiencia en la asignación de los recursos la situación óptima debía ubicarse en el punto donde los incentivos a la sustitución de importaciones fueran equivalentes a los de la promoción de exportaciones.

Sin embargo, el empresario electrónico adoptaba un punto de vista pragmático, ya que también admitía como válidos otros argumentos. El límite para la sustitución podía también definirse por consideraciones acerca de la capacidad de la industria básica para

generar desarrollos tecnológicos autóctonos; cuestiones político-estratégicas; la seguridad de contar con un mercado interno más desarrollado, que fuera menos inestable que el de las exportaciones; la posibilidad de contar con una mayor especialización en industrias capital-intensivas que además estuvieran orientadas hacia los mercados regionales, en línea con los postulados del “modelo integrado y abierto” de Ferrer; entre otras razones igualmente válidas (Rougier y Odisio, 2012). Por todo ello, pensaba Diamand que el balance entre la promoción de industrias sustitutivas y exportadoras se inclinaría hacia las primeras; teniendo que ser tomada esta decisión a nivel político en última instancia.

Aunque estoy dejando muchas otras cuestiones importantes fuera, para terminar quisiera volver a la diferenciación entre ahorro y divisas que Diamand tanto se ocupó en remarcar. Partiendo de allí, criticaba vigorosamente la alternativa que planteaba recurrir al financiamiento externo como solución a los problemas económicos argentinos. Me parece que este punto cobra gran relevancia frente al debate y la situación actual del país. La opción de recurrir al financiamiento externo, tarde o temprano, conduciría a una situación insostenible propiciando que se disparase una corrida cambiaria: “aunque en términos de ‘capitales’ pudiera producirse un endeudamiento ‘sano’, en términos de divisas se está operando un endeudamiento desequilibrante” (Diamand 1969b, p. 48). El problema era mayor para aquellos países “en proceso avanzado de industrialización”. Al recorrer ese proceso, si los aportes externos no generaban nueva capacidad exportadora se mantendría incólume el “déficit externo estructural” y las crisis del balance de pagos se repetirían inevitablemente.

En suma, las ideas de Marcelo Diamand no configuraron un programa de política económica completo, pero procuró fijar los elementos fundamentales para romper con el estancamiento. Más allá de las críticas lanzadas contra la ISI, Diamand -como gran parte de los analistas de la época- consideraba que las condiciones para lograr que la Argentina pasara finalmente a pertenecer al club de los países más desarrollados del planeta se hallaban presentes. Por tal motivo, desplegó un discurso novedoso dentro del debate acerca de las estrategias económicas de finales de los años sesenta, centrado en el fomento de las exportaciones industriales, para ubicarse como una figura clave en la consolidación del consenso que pretendía consolidar la expansión industrial argentina por una nueva y vigorosa senda.

Bibliografía

- Diamand, Marcelo (1968), “Estrategia global del desarrollo industrial”, *Cuadernos del Centro de Estudios Industriales*, nro. 1, pp. 27-58.
- Diamand, Marcelo (1969a), “Bases para una política industrial argentina”, *Cuadernos del Centro de Estudios Industriales*, nro. 2, pp. 1-49.
- Diamand, Marcelo (1969b), “Desarrollo industrial, política autárquica y capital extranjero”, *IDES- Situación actual y perspectivas de la Economía Argentina*, nro. 16, pp. 35-66.
- Diamand, Marcelo (1972), “La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio”, *Desarrollo Económico*, vol. 12, nro. 45, pp. 25-47.
- Diamand, Marcelo (1973), *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia. Economía para las estructuras productivas desequilibradas: caso argentino*, Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Rougier, Marcelo y Juan Odisio (2012), “Del dicho al hecho. El ‘modelo integrado y abierto’ de Aldo Ferrer y la política económica en la Argentina de la segunda posguerra”, *América Latina en la Historia Económica*, vol. 19, nro. 1, pp. 99-130. Disponible en <http://alhe.mora.edu.mx/index.php/ALHE/article/view/494/775>.
- Valle, Héctor (2011), “Marcelo Diamand y los debates de su época”, en Pablo Chena, Norberto Crovetto y Demian Panigo (coords.), *Ensayos en honor a Marcelo Diamand. Las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*, Buenos Aires, Miño y Dávila-UNM-CEIL/PIETTE, pp. 111-130.

Julio César Neffa (CEIL-CONICET)

Agradezco la invitación y espero que mis reflexiones completen un poco la muy buena presentación que hizo el Dr. Odisio.

Yo no tuve la suerte de conocer a nuestro homenajeado pero lo conocí a través de Hugo Notcheff, que es el que me llevó varias veces a la oficina para poder conversar con él sobre temas de la industria y sobre todo la construcción de esos aparatos eléctricos, que en aquella época eran muy novedosos.

Yo diría que es interesante esta reunión porque me hace acordar que algunos economistas que han sido tan importantes no vinieron primeramente de la Facultad de Ciencias Económicas. Es decir, el máximo economista que ha tenido Argentina, Julio Olivera, venía de la Facultad de Derecho, pasó por la Facultad de Ciencias Económicas, y después estudió Medicina. Y, en el caso de Marcelo Diamand, era un autodidacta y venía básicamente de su experiencia en la industria, donde la actividad económica le permitió realizar esos trabajos que tan bien se han descrito aquí.

Lo interesante de Diamand era que evitó hacer una falsa opción en la economía. Fue crítico de los economistas neoclásicos que ponían el acento en las ventajas comparativas para que Argentina siguiera siendo un país primario exportador. Pero también, de las políticas keynesianas, ya que pensando el rol del Estado y el papel de la demanda, fue muy crítico de la experiencia del peronismo en cuanto a que las políticas de tipo nacional-populista no habían permitido una transformación real de la industria.

Yo creo que el enfoque de nuestro homenajeado es importante, porque las restricciones que él explica en sus libros básicamente muchas de ellas están todavía presentes, es decir que son problemas estructurales. Por ejemplo, el tema de la baja productividad de la industria, las crisis de la balanza de pagos, la problemática de la necesidad de la industria de base sobre todo de bienes de capital, las presiones devaluatorias, el tema de la inflación de tipo estructural y cómo todo eso llevaba a una caída de los salarios reales, de alguna manera preparando el terreno para una economía más bien de tipo especulativo.

Así también, él ha visto el dilema entre la industria y el sector agropecuario del cual difícilmente se puede escapar en esta discusión. El compromiso entre un sector primario exportador que generaba un excedente económico por la renta extraordinaria y una industria de sustitución de importaciones asentada solamente en los bienes de consumo destinados al mercado interno era insuficiente.

Yo diría que él también miraba con una perspectiva histórica el proceso de sustitución de importaciones en Argentina, que la primera etapa, contrariamente a lo que dice la CEPAL, no empezó luego de la crisis de los años 1930 sino mucho tiempo antes, seguida por una etapa importante de la industria argentina que fue desde los años 1952-1953 -luego de superar la crisis de balance de pagos- hasta 1975. Esta fue la época de oro de la industrialización sustitutiva de importaciones en Argentina, donde más creció la productividad, que era una de las ideas fijas que tenía Diamand.

Por tanto, él pensaba básicamente que un modelo de desarrollo para Argentina tendría que estar centrado en la industria. De modo que, desde ese punto de vista, no creía en la teoría de las ventajas competitivas. Y que lo más importante era el crecimiento de la productividad, muy vinculado al crecimiento de la producción, en el lenguaje de Kaldor.

Además, fue uno de los primeros en poner el acento en el cambio científico y tecnológico, tal vez por sus relaciones con Aldo Ferrer y Jorge Sabato. Era necesario que este cambio científico y tecnológico estuviera vinculado directamente con el sistema productivo, especialmente con la industria.

En cuanto a esta diferencia entre la industria y la producción primaria exportadora, él ponía el acento en que era necesario apropiarse del excedente del sector agropecuario y por eso la herramienta que él pensaba eran los tipos de cambio múltiples. Él hubiera sido un partidario de las retenciones como una forma de frenar la inflación y también contribuir al desarrollo de la distribución del ingreso.

Él pensaba que la condición para llevar adelante su propuesta era un Estado activo, que generara una política industrial, pero el actor central era una burguesía industrial, que faltaba y sigue faltando en Argentina. Él ha sido de alguna manera un representante de ese sector en la Argentina.

El problema es que a partir de mediados de los setenta, cuando él ya había escrito algunos de sus principales trabajos, ocurre a nivel mundial una crisis económica realmente muy importante que produjo un cambio en el sistema productivo a nivel mundial. Es a partir de ese momento que las políticas que surgen del Consenso de Washington plantearon la apertura indiscriminada de la economía, el endeudamiento externo, el ingreso irrestricto de capital extranjero, que dieron como resultado este proceso de mundialización que ahora nos agobia y una política también de dominio del sistema financiero, cuyas tasas de rentabilidad son mucho más elevadas que en el sector industrial. Esa crisis dio lugar a fenómenos importantes, y un cambio muy grande en lo que llamamos la división internacional del trabajo, con la emergencia de los nuevos países industriales en el Sudeste Asiático y ahora con la presencia impresionante de China como factor importante en la economía mundial. Si uno sigue su razonamiento, uno podría pensar que en este momento el papel que cumple China a nivel mundial y de nuestro país es muy similar al que cumplió el Reino Unido con la Argentina de fines del siglo XIX hasta los años treinta cuando ocurrió la crisis mundial.

Este cambio estructural que se produjo a partir de mediados de los setenta es lo que de alguna manera aumentó los problemas que Diamand quería controlar: la concentración económica, la heterogeneidad estructural y la desigualdad. Pienso que los trabajos recientes de Thomas Piketty ponen de manifiesto esa tendencia mundial, de la cual muy pocos países pueden escapar.

En cuanto a los temas que a mí me interesaron de su pensamiento, y pensando en la economía argentina, era el hecho de que el modelo que él nos proponía y no pudo implementarse ha tenido repercusiones bastante negativas sobre el mercado de trabajo. Por una parte, esa falta de dinamismo de la industria ha hecho que la tasa de actividad se mantenga entre 45 y 47 por ciento variando muy poco, que el desempleo ha quedado estabilizado en cerca del 10 por ciento de la población económicamente activa y hay muchas dificultades para bajarlo, que el salario real -que sería importante para promover el consumo interno de los bienes industriales- cae sistemáticamente desde 1974, que la distribución funcional del ingreso cae también desde esa época y que si comparamos de alguna manera el porcentaje de la industria sobre el PIB es una situación bastante complicada la que tenemos en la actualidad ya que la estructura industrial es débil, ha perdido mucho peso respecto al conjunto y básicamente contra el sector primario exportador. Entonces esto me parece que

son las consecuencias de no haber seguido un modelo de desarrollo centrado en ese tipo de industria como el que nos proponía nuestro homenajeado.

Y yo diría que con respecto a la productividad, tema importante y virgen de reflexión en la Argentina, hay muy pocos trabajos serios sobre el tema y hay problemas de tipo estadístico, porque, ¿cómo se mide la productividad?: ¿sobre el número de trabajadores o sobre el número de horas de trabajo? Ese es el problema porque los resultados pueden ser totalmente diferentes. Y en el caso argentino el problema es que en el denominador de ese cálculo de la productividad es muy difícil de tomar el trabajo no registrado, que en la actualidad es el 33% de la población asalariada, con lo cual básicamente todos los cálculos de productividad han sido hasta nuestros días bastante insuficientes. Y si miramos las estadísticas disponibles la tasa de crecimiento de la productividad es muy baja en Argentina. Creo que si uno piensa en los últimos sesenta años es realmente una tasa muy baja y que creció mucho más la tasa de productividad del sector primario exportador que en la industria, pero ese crecimiento del sector agroexportador básicamente se debe a la introducción del cambio científico-tecnológico y la aplicación de las nuevas tecnologías (la biotecnología, la informática y otras) en el sector agrario. Por eso estamos frente a una contradicción ya que este sector, el que genera la mayor parte de la renta y de las exportaciones en la Argentina se ha fortalecido mientras que la industria ha perdido fuerza y que buena parte de los bienes industriales y agroquímicos que utiliza este sector son importados.

En suma, habría que volver a releer a Diamand para mostrar el déficit que tienen los modelos que se han implementado en los últimos tiempos y pensar en un desarrollo industrial que no quede limitado al consumo interno sino que también se piense en la exportación. Pero esto requiere por una parte, de una política estatal, de un Estado industrialista y me parece que no es la orientación que prevalece y, por otra parte, se necesitaría una potente burguesía industrial que es bastante escasa y débil en la actualidad. Por tanto, estamos frente a una contradicción; por ende, volver a leer a Diamand y retomar de nuevo todos los conceptos que nos ha planteado muy bien el profesor Odisio sería de mucha utilidad para cuestionar el actual modo de desarrollo.

Muchas gracias.

Daniel Heymann (IIEP-Baires)

Gracias Marcelo por la invitación. La verdad, es un gran gusto participar en un evento que trae a la memoria la riqueza del pensamiento de Diamand, como marcaban recién tanto Juan Odisio como Julio César Neffa.

Tuve oportunidad de interactuar con Marcelo Diamand hace unos cuantos años. La sensación era de conversar con un prócer. Tenía rasgos intelectuales realmente destacables. Diamand era una persona práctica y analítica al mismo tiempo. Lo cual no es inaudito históricamente en el terreno económico, por ejemplo David Ricardo tenía esa característica por dar un ejemplo preclaro. En el caso de Diamand, resaltaba el ida y vuelta entre la referencia concreta y la distancia analítica, lo cual era algo muy notable.

Eso estaba vinculado con una marca de época, en la línea de Prebisch, Aldo Ferrer, Guido Di Tella y ese conjunto tan importante de economistas que tuvimos hace unas décadas. Hoy en día se escucha a veces hablar de manera peyorativa de los “economistas loca-

les”, tal vez en contraposición a los visitantes. Aquéllos, con todas sus diferencias, compartían el sentirse apasionadamente locales. No iban a redescubrir la pólvora, porque lo que la literatura general nos daba (y da) era por lo menos un punto de partida, sujeto a crítica pero importante. Sin embargo, una economía con una estructura y un comportamiento particulares estaba necesitando un pensamiento propio. La relevancia de este punto sigue vigente en la actualidad, reconociendo que desde entonces ha pasado bastante agua bajo el puente en cuanto a los esquemas de análisis y a las condiciones económicas específicas.

Habiéndose dado en el panel una discusión tan rica de las características del pensamiento de Diamand, lo que voy a tratar de hacer aquí es enfocar ciertos temas que están en su producción y que tienen relevancia para nuestras condiciones presentes, especialmente la vinculación entre la evolución macroeconómica tendencial y cíclica con la intensificación o el aflojamiento de la restricción externa, y la forma en que esa relación se determina en una economía con la particular configuración productiva de la nuestra.

La idea sería ir a una presentación gráfica de ciertos aspectos de la economía argentina, particularmente del período reciente, para dar lugar a algunos comentarios sobre problemas y perspectivas hacia adelante.

En primer término, quisiera dar una vista panorámica de los períodos de crecimiento de la economía argentina desde un tiempo inmemorial, principios del siglo pasado. Una pequeña aclaración metodológica: los puntos límite de los intervalos de tiempo están fijados por máximos cíclicos, en el intento de limpiar los altibajos de corto plazo para discernir tendencias.

Gráfico 1: Fases de crecimiento en Argentina, tasas de crecimiento promedio anual (en porcentaje), 1900-2015



Fuente: elaboración propia en base a datos de ARKLEMS e INDEC.

No me voy a referir demasiado al pasado lejano, pero es claro que observando la fase de principios del siglo XX resalta la tan definida inserción internacional -le guste a uno más o le guste a uno menos- que tenía la economía argentina en el mundo, y la gran perturbación que iba a experimentar con la secuencia de grandes eventos de la Primera Guerra Mundial, la crisis del treinta y la Segunda Guerra y sus secuelas. La sustitución de importaciones en la Argentina vino porque debía venir, porque la vieja integración de la economía en el mundo ya no era posible. A partir de ahí la industria comienza a jugar el papel esencial

que bien conocemos. Por varias décadas, hasta los años setenta, digamos, la manera en la cual iba a desarrollarse la industria era obviamente un tema de discusión; sin embargo, el hecho de que la industria debía desarrollarse y ser un núcleo de la expansión de la economía estaba mucho menos sujeto a debate.

Más adelante, aparece el período 1958-1974 -ustedes reconocen los límites- como un período de crecimiento relativamente alto para la experiencia del país, un poco por arriba del 2% anual *per cápita*. Pero lo que hoy parece en algunos análisis como una edad de oro, para la época era una evolución fuertemente cuestionada. Si ustedes ven la primera frase del artículo de Diamand de 1972, dice: “hemos insistido en que la incapacidad del país de salir de su estancamiento y las recurrentes crisis de las que padece se originan en un divorcio entre las ideas económicas y la realidad”. Además de estancamiento, mencionaba como una característica indeseable las fluctuaciones de la época del *stop and go*. Era un modelo que reconocidamente tenía problemas. Ahora, lo que ocurrió, en vez de una revisión del esquema de crecimiento, fue una destrucción, y de la peor manera social, política y económica. Ese quiebre, que desembocó en la crisis de deuda de principios de los ochenta, marcó como se sabe el comienzo de un período de extrema inestabilidad macroeconómica y chato crecimiento.

Vale notar el comportamiento en las últimas décadas, considerando nuevamente los períodos fijados por fluctuaciones cíclicas. El período 1987-1998 cubre esencialmente el período recesivo de la hiperinflación y la recuperación de la convertibilidad donde, en promedio, se retoma un crecimiento moderado, 1,6% anual *per cápita*, hasta que ocurre su crisis violenta, mientras que el intervalo 1998-2011, con sus grandes vaivenes, tiene un crecimiento de alrededor de 1,7%, también moderado. Es decir que, en períodos con muy distintas orientaciones de política económica, el problema del crecimiento lo tenemos planteado desde hace tiempo, y se vuelve más marcado en los últimos años: oscilaciones aparte, hemos pasado más de un quinquenio de estancamiento. Al mismo tiempo, se ha modificado el patrón cíclico: lo que solía ser una figura de intensas expansiones y caídas abruptas varió a una de subida-bajada, subida-bajada, año par se cae año impar se crece -por qué ustedes rápidamente podrán identificar la razón. Por así decirlo, el desafío se ha vuelto crecer en año par.

Gráfico 2: Estimador Mensual de la Actividad Económica (EMAE), 2004- 2017



Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC.

El siguiente gráfico resume de manera simple uno de los elementos centrales de la dinámica de la restricción externa, que ha condicionado el conjunto de la evolución macroeconómica: la relación entre las variaciones de los flujos de comercio exterior (en volumen) y los cambios en el producto.

Gráfico 3: Elasticidades producto del comercio exterior por fases de crecimiento, 1913-2011



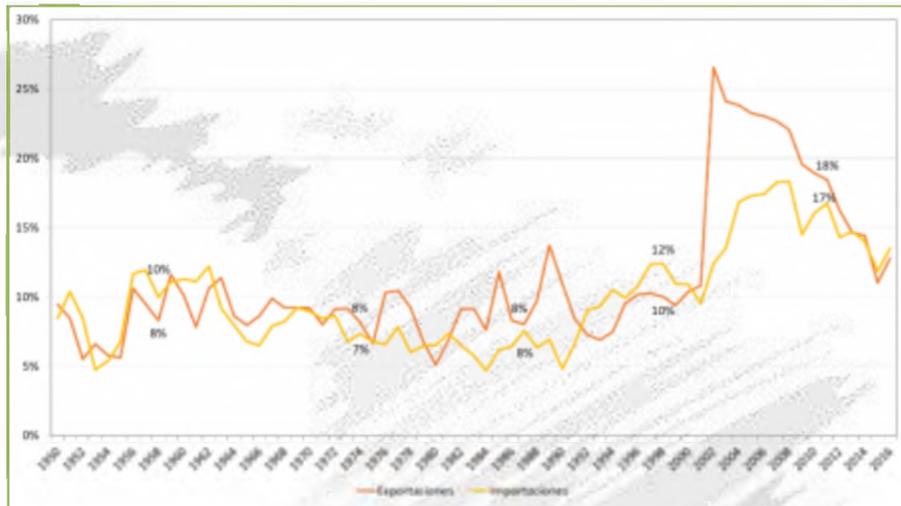
Fuente: elaboración propia en base a ARKLEMS, CEPAL e INDEC.

Se puede notar, y esto está en la línea del análisis de Diamand, que en el período de crecimiento relativamente intenso de la economía 1958-1974 las elasticidades de exportación e importación en volúmenes estaba cerca de 0,5, o sea por cada punto de crecimiento del producto el crecimiento de las exportaciones y las importaciones es la mitad. Ahora, eso implica (aritméticamente) que los cocientes de importaciones y exportaciones frente a producto caen continuamente, ¿pero hasta dónde pueden caer? En algún momento reducir el coeficiente de comercio exterior es muy difícil y tan difícil que para hacerlo se necesitan más divisas, porque se tienen que comprar bienes de capital, tecnología, insumos importados, o sea se vuelve una especie de círculo vicioso. Ahí hay un dilema muy fuerte para la estrategia de crecimiento y la política macroeconómica. Lo que pasó, y que se puede ver en el gráfico, es que la economía se abrió de manera abrupta, en parte porque aumentaron las exportaciones y las importaciones, pero también porque cayó el denominador, es decir se desaceleró mucho el crecimiento económico. Más adelante, en el período 1987-1998, o sea en la convertibilidad esencialmente, no sorprende que haya habido una alta elasticidad del comercio exterior. Pero lo que puede ser menos intuitivo en el intervalo 1998-2011 es que el crecimiento en volumen de exportaciones e importaciones, especialmente de éstas, haya sido apreciable y particularmente más intenso que el del producto, lo que quiere decir que, a pesar de lo que tal vez se habría esperado ya que hubo una actitud de política económica proclive a la contención de importaciones, los coeficientes de comercio exterior en volumen crecieron netamente. En el reciente período de estancamiento, ese movimiento no se revirtió. Hoy por hoy, la Argentina es una economía más abierta de lo que era a fines de los noventa durante la época de máxima de la Convertibilidad.

Déjenme hacer algunos comentarios acerca de los cocientes de exportaciones e importaciones frente al producto. A mediados de los setenta, la Argentina había llegado a niveles apreciablemente por debajo del 10%, lo cual indicaba una economía muy cerrada. En la época de la convertibilidad el cociente de importaciones sube pero el de exportacio-

nes sigue quedando cerca o debajo del 10 por ciento, muy reducido para una economía abierta. Esto se asociaba con la caída del tipo real de cambio. La economía estaba abierta “en términos reales”, pero la percepción a precios corrientes no se correspondía con eso. Esa economía, que sentía que era rica en dólares, tuvo que pagar después la deuda que generó para importar más de lo que exportaba en la época en la cual la demanda crecía. Resultado: crisis. O sea, esencialmente la crisis fue el resultado de que nos estábamos endeudando en dólares ante la percepción de que teníamos un ingreso en dólares que al final no teníamos, entonces las deudas en dólares no se pudieron pagar.

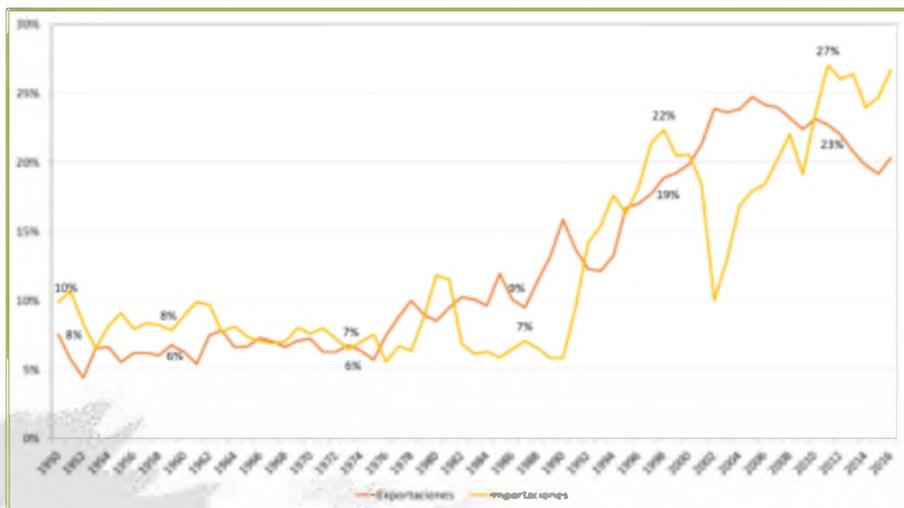
Gráfico 4: Coeficientes de exportaciones e importaciones a PIB, valores corrientes, 1950-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos de INDEC y Kidyba y Suárez (2017).

Ahora, en la actualidad estamos de vuelta en valores de los coeficientes de comercio exterior a producto algo, pero no mucho, por arriba de 10%. Esto no es así a valores constantes, o sea, en volumen la economía argentina sigue siendo más abierta. El coeficiente de importaciones era 22% en el máximo de la convertibilidad, 27% en 2011 y ahora estamos al borde del 25%. Por su parte, el coeficiente de exportaciones es hoy sustancialmente menor que en 2010-2011 y está en niveles similares a los de 2003-2004. Por tanto, en volumen, llevamos más de diez años con las exportaciones planchadas mientras las importaciones van en fuerte ascenso. Obviamente hubo la modificación de los términos de intercambio que ayudó durante algún tiempo a suavizar el impacto de esto, pero el hecho está.

Gráfico 5: Coeficientes de exportaciones e importaciones a PIB, valores constantes, 1950-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos de INDEC y Kidyba y Suárez (2017).

Ahora, ¿cuán rica es la economía argentina en dólares? Hubo momentos en la época de Martínez de Hoz donde la Argentina creyó que tenía 15 mil dólares *per cápita* del año 2000 y se despertó un par de años después con 4 mil. En la hiperinflación teníamos 3 mil dólares *per cápita*, muy poco para la Argentina y rebotó a 9 mil, pero creíamos que teníamos ese nivel como permanente y nos despertamos con 3 mil de nuevo en 2002. Ahora tenemos alrededor de 10 mil dólares: un tema abierto es la correspondencia de ese nivel de ingreso con la capacidad de generación de bienes transables para sostenerlo.

Gráfico 6: PBI *per cápita* a precios constantes (dólares del 2000), 1970-2016

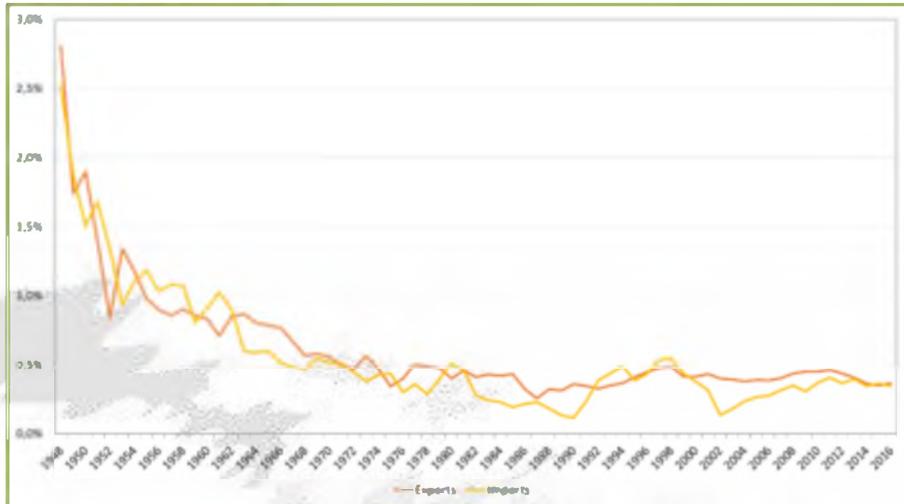


Fuente: elaboración propia en base a INDEC, CEPAL y US Bureau of Labor Statistics.

También asociado con lo que decía Juan Odisio y un punto relevante para pensar: la participación de la Argentina en el comercio mundial de mercancías cae en continuado hasta mediados de los setenta y de allí en más se conserva en torno al 0,5%. En esta última época hubo un crecimiento de las exportaciones, también de las importaciones como decíamos, pero esencialmente lo que hicimos fue mantener nuestra participación mundial. Lo

que hicimos fue crecer a medida que el comercio internacional crecía. No ganamos particularmente cuota del mercado.

Gráfico 7: Participación de la Argentina en el comercio mundial de mercancías, en precios corrientes, 1948-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos de la Organización Mundial de Comercio (OMC).

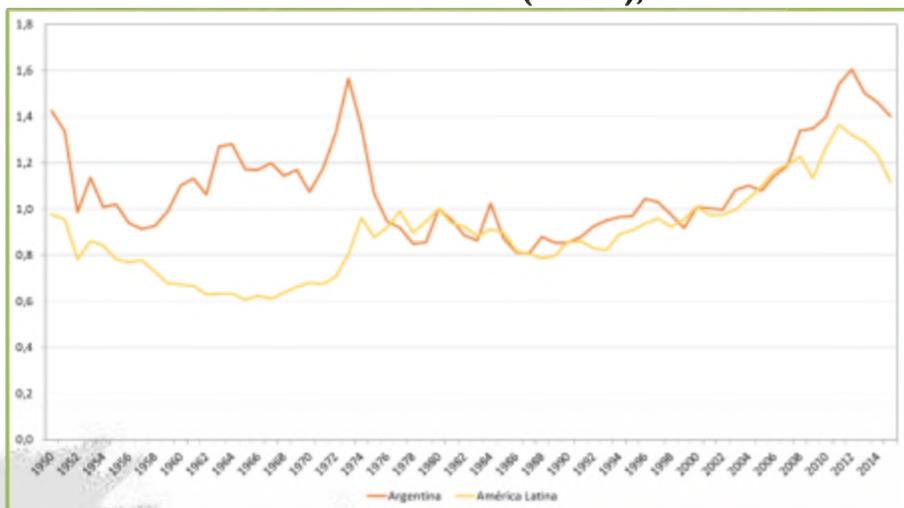
Las exportaciones mundiales, que estaban creciendo durante el *boom* pre-crisis internacional al ritmo de 20% anual y que volvieron a aumentar en la recuperación transitoria de 2010-2011, se estancaron después. Además, el Brasil, nuestro principal socio en el comercio industrial, ha atravesado un intenso período recesivo. Del lado de los precios internacionales, la baja de los términos del intercambio desde el máximo del 2012 no ha sido demasiado pronunciada. En conjunto, las condiciones de la demanda por exportaciones no han sido muy estimulantes (después del extraordinario escenario durante la década pasada), pero tampoco demasiado severas, en conjunto.

Gráfico 8: Tasa de crecimiento de las exportaciones mundiales, 1980-2016



Fuente: elaboración propia sobre datos de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD).

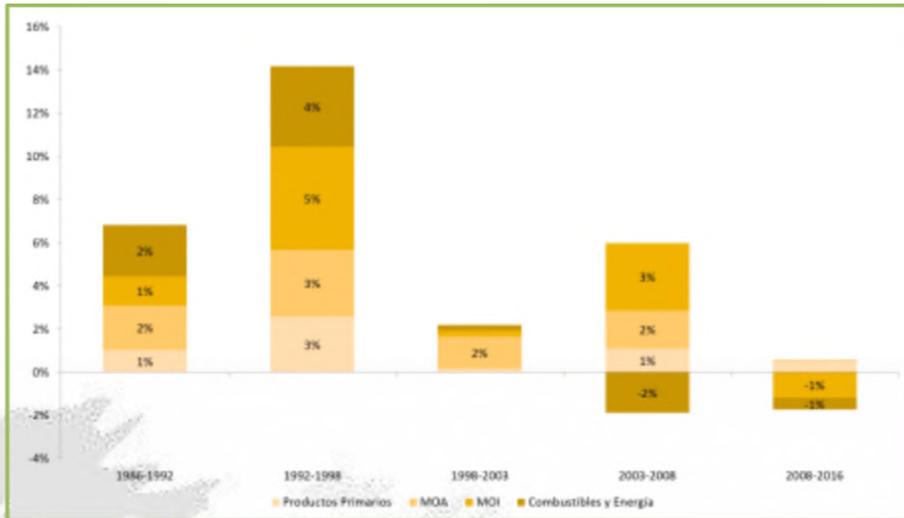
Gráfico 9: Términos de intercambio de bienes (1980=1), 1950-2014



Fuente: elaboración propia sobre datos de CEPAL.

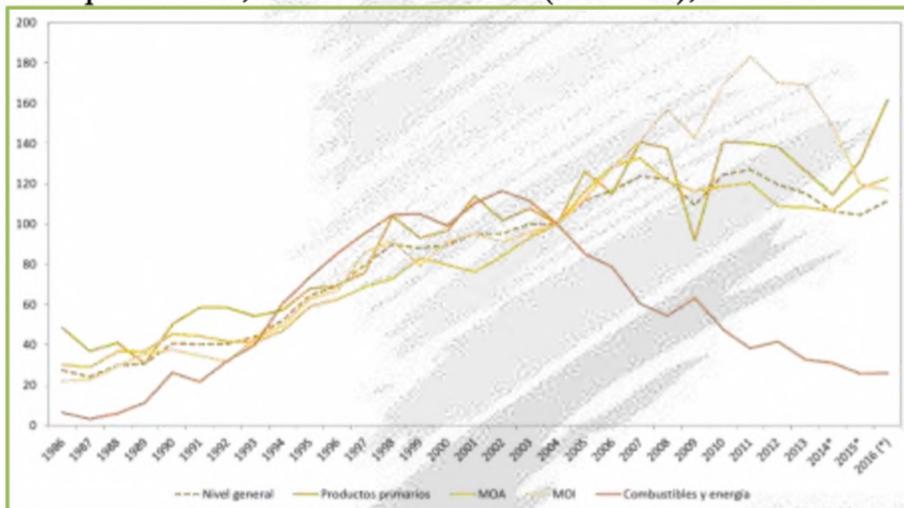
Como se ve el siguiente gráfico, las exportaciones de la Argentina han seguido una sucesión de períodos de expansión y de estancamiento. En la época de la Convertibilidad, 1992-1998, se combinaron varios efectos que provocaron un salto de las exportaciones durante esos años. Primero, el cambio tecnológico en el sector agropecuario -siembra directa, nuevas semillas, fertilizantes- que indujo un gran aumento de la oferta exportable. Segundo, el MERCOSUR y el *boom* de Brasil hasta 1998. Tercero, los combustibles; uno de esos fenómenos argentinos donde vendemos cuando los bienes están baratos en el mundo y pasamos a comprarlos cuando están caros... En todo caso, ese impulso de las exportaciones podía sugerir en su momento que se estaba configurando una tendencia sólida, tal vez capaz de sostener el nivel de ingreso en dólares que había aumentado fuertemente. En cambio, Brasil devalúa y frena su demanda, la expansión de la producción agraria llega a una meseta, y ocurre un estancamiento de las exportaciones, donde la economía enfrenta una fuerte insuficiencia de divisas y queda pedaleando en el aire, sin capacidad de generar las divisas para pagar su deuda. Tras la crisis, entre el 2003 y el 2008, hay otra vez un período de crecimiento del volumen de las exportaciones, sobre todo en las manufacturas de origen industrial, asociadas nuevamente con la macroeconomía del Brasil. Pero esa fue también una fase pasajera. El resultado neto de los altibajos que vinieron después ha sido que, en la actualidad, el volumen de exportaciones de bienes es similar al de mediados de la década pasada, con una caída importante de las manufacturas de origen industrial en los últimos años. Ahí se ha generado un serio cuello de botella, que hace falta superar para que se conforme una tendencia sostenible de crecimiento.

Gráfico 10: Volumen de exportaciones, variación anualizada y contribución por rubro, 1986-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC.

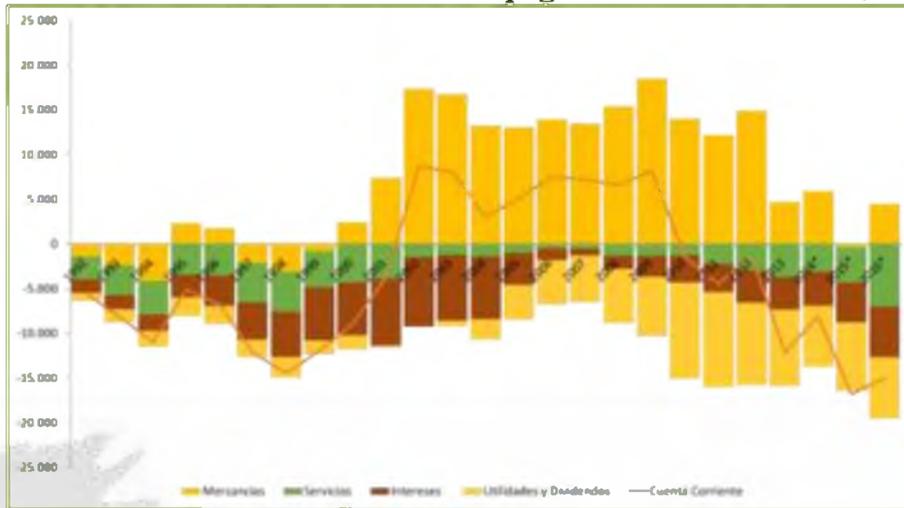
Gráfico 11: Exportaciones, índice de cantidades (2004=100), 1986-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC.

¿Trae memorias de cuando hablábamos de los superávits “mellizos”, fiscal y comercial? Hemos perdido el superávit comercial y desde 2011 pasamos a tener déficit en la cuenta corriente en una línea creciente, no es un fenómeno de hoy. Eso significa que, para la economía en su conjunto, hemos venido gastando más que nuestro ingreso y, en consecuencia, de un modo o de otro lo financiamos de afuera. Lo que resalta es que esos déficits se han generado en condiciones de estancamiento.

Gráfico 12: Cuenta corriente de la balanza de pagos, millones de dólares, 1992-2016



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC.

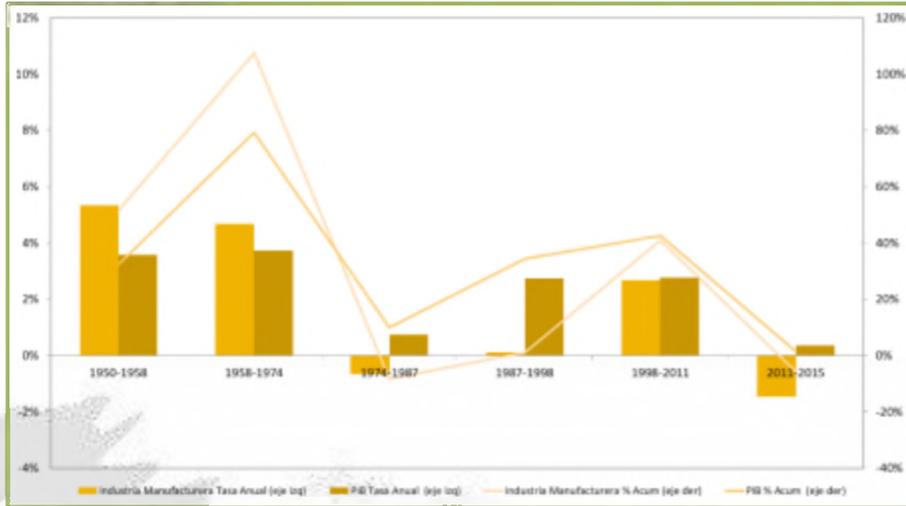
Dado que estamos recordando a Marcelo Diamand, corresponde una referencia particular a la industria manufacturera. En una perspectiva histórica, resalta el crecimiento industrial hasta mediados de los setenta, por encima del producto total. A partir de mediados de los setenta y hasta la recuperación de los años 2000 la industria está absolutamente estancada, con una apreciable pérdida de participación y dificultades para definir su lugar en la economía. Después de la recuperación de años 2000, a partir de 2011 vuelve a observarse una caída.

Gráfico 13: Industria manufacturera, Valor Agregado Bruto (2004=100), 1950-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos de INDEC y Kidyba y Suárez (2017).

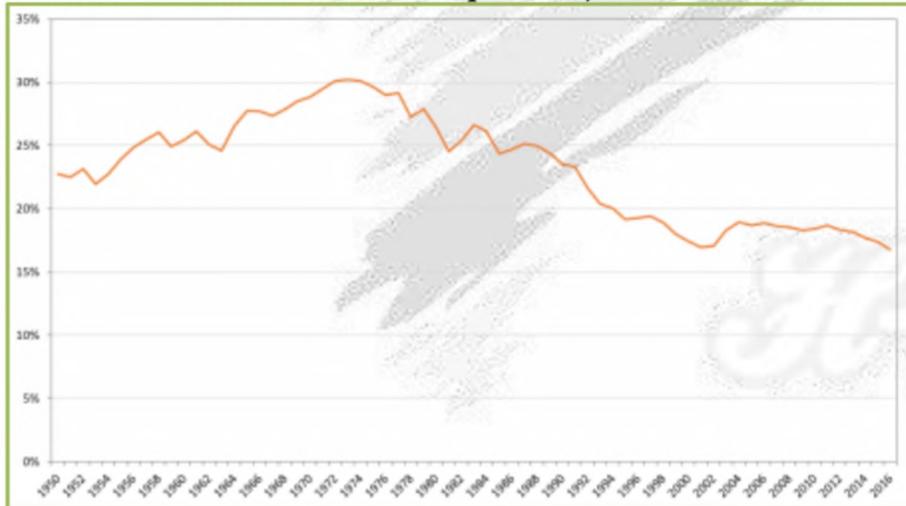
Gráfico 14: Industria manufacturera y PBI total, crecimiento acumulado y tasa promedio anual, 1950-2015



Fuente: elaboración propia en base a datos de INDEC y Kidyba y Suárez (2017).

Ciertamente, la tendencia a la desindustrialización no es un fenómeno solamente argentino. La caída en la participación manufacturera en Brasil fue particularmente aguda, especialmente notable para un país que tenía vocación de potencia industrial, pero también se aprecia en países como Chile, Uruguay o Colombia; México aparece como parcial excepción debido a su rol (hoy en día puesto en duda) de proveedor de ciertas manufacturas en el NAFTA.

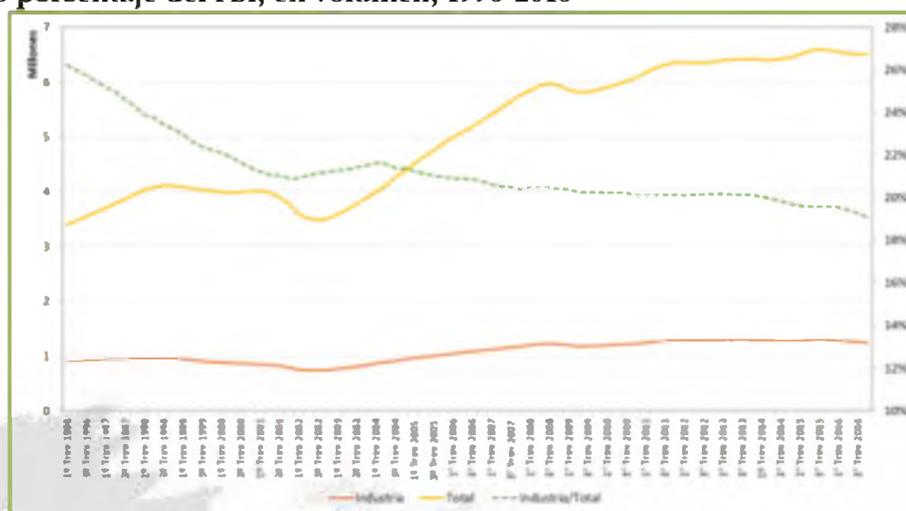
Gráfico 15: Industria manufacturera como porcentaje del PBI, en volumen, 1950-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos de INDEC y Kidyba y Suárez (2017).

En términos de empleo, si ustedes ven la línea punteada, la tendencia de participación de la industria en la ocupación privada ha sido decreciente, y se ha reducido por debajo del 20% en los últimos tiempos.

Gráfico 16: Empleo asalariado registrado del sector privado, Industria manufacturera como porcentaje del PBI, en volumen, 1996-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos del Ministerio de Trabajo.

Un punto relevante se refiere al tipo de trabajo demandado por la industria. Con datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), se puede ver que el empleo manufacturero es relativamente más intensivo en trabajo con bajos niveles de calificación (educación), comparado con el conjunto de los servicios. Esto es un hecho de importancia en un país con una tasa de pobreza cerca de 30% en conjunto, y con tasas considerablemente mayores en chicos y jóvenes. Esos jóvenes van a llegar al mercado de trabajo en condiciones desfavorables. Si se piensa a la economía hacia adelante, un tema que merece ser considerado especialmente es la generación de ingresos y de oportunidades de trabajo productivo para esas personas. Con las perspectivas abiertas de la tecnología y del comercio internacional, es difícil pensar que la industria manufacturera sea un soporte principal de la demanda de trabajo a futuro pero, al mismo tiempo, sin su contribución al empleo serían probablemente más agudos los problemas sociales, especialmente si se tiene en cuenta la dimensión geográfica. En una variedad de lugares, de los conurbanos en especial, las manufacturas operan como demandantes directas de trabajo, pero también como actividades productoras de “bienes transables” de la localidad, cuyos ingresos sostienen a los gastos a partir de los cuales se conforma la demanda por servicios. De ese modo, su presencia tiene efectos multiplicadores sobre el producto y el empleo

Cuadro 1: Empleo por calificación

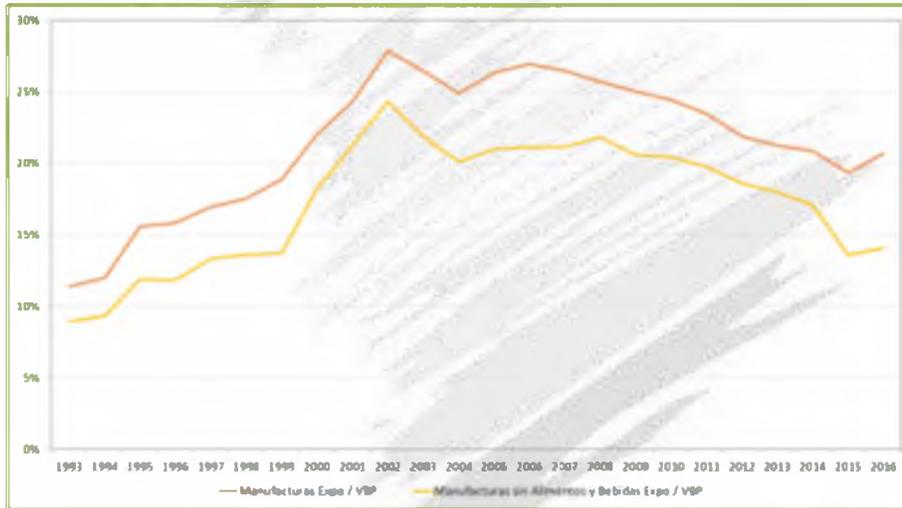
	EPH	EPH (1q13)	EPH (2q13)	EPH (3q13)	EPH (4q13)	EPH (2013)
	<i>Terciario inc. o más</i>	<i>Secundario completo</i>				
Industria	10,5%	25,8%	23,8%	24,0%	21,4%	23,7%
Servicios	23,5%	38,9%	37,1%	37,9%	37,2%	37,8%
Servicios sin públicos	22,4%	37,6%	35,8%	36,5%	35,8%	36,4%
Construcción	5,1%	8,9%	10,5%	12,5%	9,0%	10,2%
Comercio	9,4%	25,9%	24,7%	24,8%	24,6%	25,0%
Hoteles y restaurantes	9,3%	25,0%	28,8%	27,0%	23,3%	26,1%
Transporte y comunicaciones	8,8%	19,4%	20,1%	18,5%	17,8%	18,9%

Financiero	36,5%	71,8%	64,5%	66,3%	68,4%	67,7%
Servicios empresariales	40,3%	58,1%	53,8%	58,8%	59,0%	57,4%
Público	32,6%	50,7%	49,7%	50,3%	48,8%	49,9%
Salud y educación	62,1%	78,6%	74,7%	74,3%	74,9%	75,6%
Otros servicios	7,7%	18,7%	17,6%	19,3%	18,9%	18,6%

Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC.

No voy a referirme a muchas más cosas, pero quisiera marcar lo siguiente. En el gráfico siguiente tenemos la relación entre el volumen de las exportaciones y del valor bruto de producción de las manufacturas, o sea la línea celeste es el coeficiente de exportaciones de la industria manufacturera; la línea roja muestra lo mismo exceptuando alimentos y bebidas, en buena medida derivados directos del sector agropecuario. Se aprecia que la industria se ha vuelto relativamente menos exportadora en relación con su propio producto, tanto en el agregado, como cuando se excluyen los alimentos y bebidas.

Gráfico 17: Exportación de manufacturas sobre Valor Bruto de Producción (VBP), a precios constantes de 2004, 1993-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC y Comtrade.

Por contraste, en las importaciones se aprecia el fenómeno inverso. O sea, la intensidad de importaciones tanto total como sin alimentos y bebidas ha sido creciente. Por otro lado, el balance comercial de manufacturas ha sido crecientemente negativo. O sea que, hoy incluso es más negativo que en los noventa.

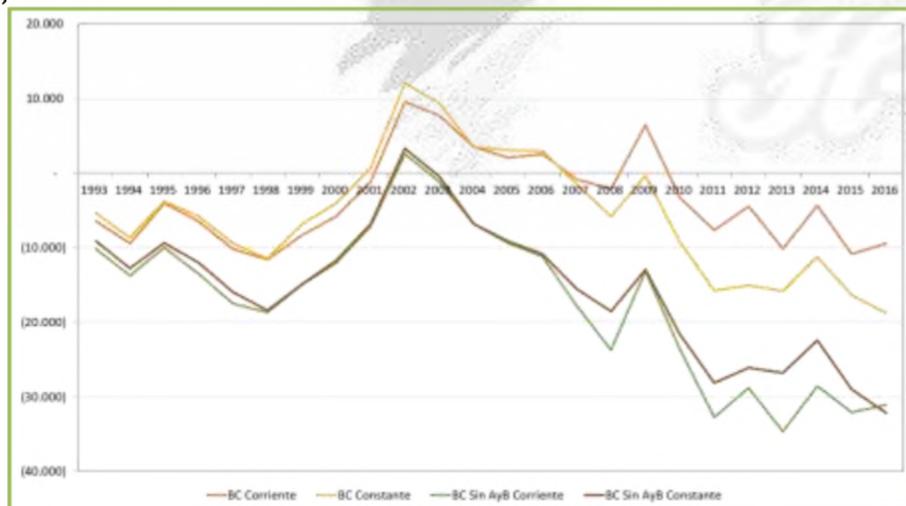
Gráfico 18: Importación de manufacturas sobre Valor Bruto de Producción (VBP), a precios constantes de 2004, 1993-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC y Comtrade.

Esa evolución en un período donde la política fue proclive a la sustitución de importaciones sugiere (lo podrán decir con mayor precisión los economistas industriales) que han ocurrido fenómenos de tipo estructural, que tal vez se asocien a procesos como los de las cadenas globales de valor. En todo caso, la evidencia indica que la intensidad importadora de la economía no se ha reducido, sino al contrario, y sugiere que sería difícil esperar que una tendencia de crecimiento se corresponda con bajas de los coeficientes de importación. Entonces, para crecer habría dos posibilidades: nos endeudamos o exportamos. Ahora: si nos endeudamos tenemos que exportar más mañana, sino quebramos de nuevo. Por tanto, hay que exportar. El incremento de las exportaciones, pensado no a un plazo de meses pero sí como proceso sostenido de años, aparece entonces como uno de los requisitos macroeconómicos principales.

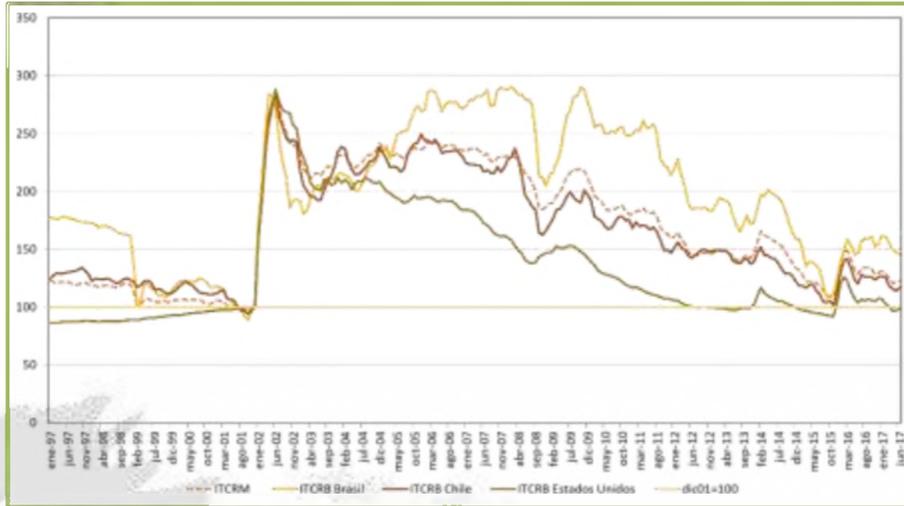
Gráfico 19: Balanza comercial de manufacturas, en millones de dólares y a precios de 2004, 1993-2016



Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC y Comtrade.

Lo cual lleva al tema cambiario, tan central para Diamand.

Gráfico 20: Tipo de cambio real multilateral y bilateral (diciembre 2001=100), enero 1997-junio 2017

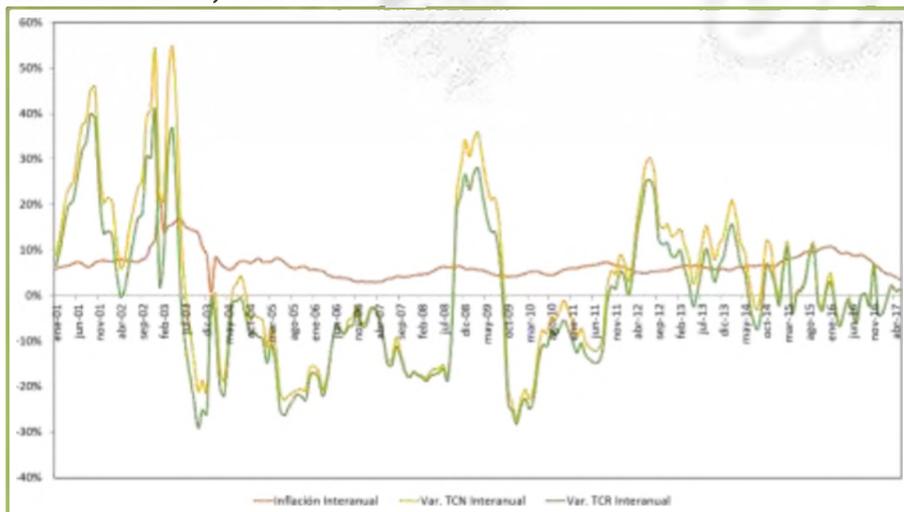


Fuente: elaboración propia sobre datos del BCR.A.

Nuestro tipo de cambio ha sido fluctuante [risas]... lo sabemos bien. Varias veces hemos visto el ciclo donde la Argentina manda el tipo de cambio a las nubes y después al piso, con comportamientos peculiares como el de años recientes donde los términos de intercambio cayeron, Brasil se deprimió y nosotros... revaluamos.

Al mismo tiempo, las subas del tipo real de cambio son especialmente traumáticas en nuestro país. Puede ser interesante una comparación con otras economías de la región. Veamos primero Brasil. En el gráfico que sigue, la línea naranja es la tasa de inflación, la amarilla la variación del tipo de cambio nominal y la verde la variación del tipo de cambio real. Como se aprecia, estamos hablando de fluctuaciones grandes en el tipo de cambio. Pero fíjense, las líneas amarilla y verde van juntas, o sea que los movimientos del tipo de cambio nominal y el real son muy cercanos. Eso tiene como contrapartida que la inflación, la línea naranja, no se modifica mucho al variar el tipo de cambio nominal, o sea, el traspaso de la devaluación a los precios es bajo.

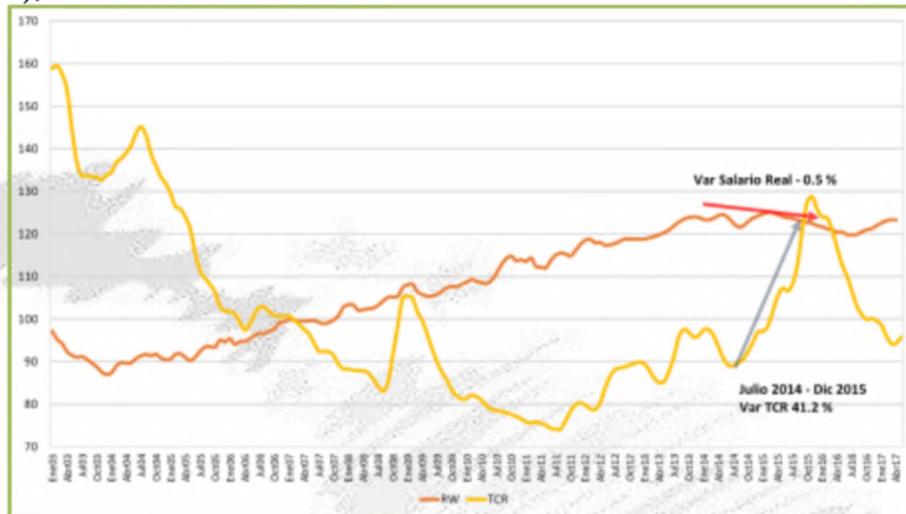
Gráfico 21: Índice de precios al consumidor y tipo de cambio nominal y real en Brasil, variación interanual, enero 2001-abril 2017



Fuente: elaboración propia sobre datos del Banco Central do Brasil.

Brasil, por otro lado, puede aumentar su tipo de cambio real (flecha gris) sin una gran caída del salario real (flecha colorada). O sea, la relación entre aumento de tipo de cambio real y caída del salario real, que para nosotros parece algo natural, no se observa ahí.

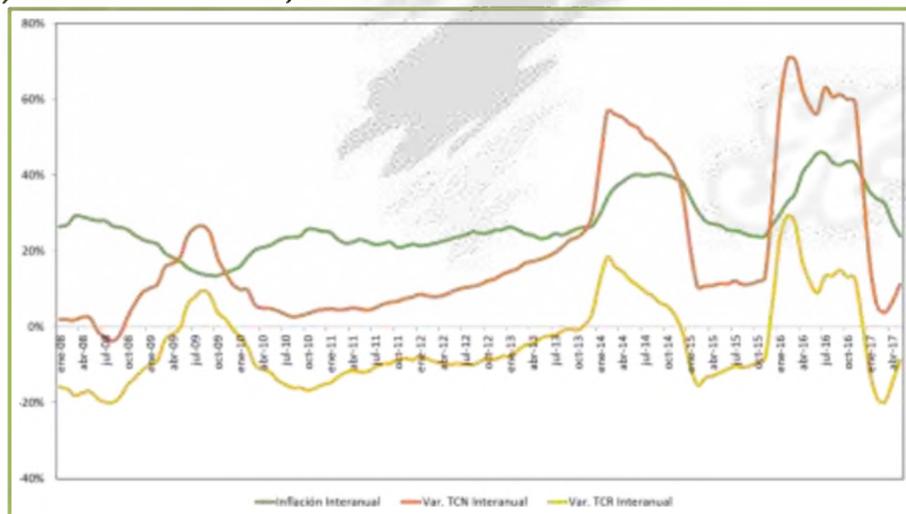
Gráfico 22: Salario real y tipo de cambio real en Brasil, promedio móvil (enero 2007=100), enero 2003-abril 2017



Fuente: elaboración propia sobre datos del Banco Central do Brasil.

Como en Brasil, esto pasa también en Chile. El tipo de cambio real sube y el salario real sube. Y el comportamiento se repite en Colombia, México, Perú, Uruguay... Ahora, en la Argentina:

Gráfico 23: Índice de precios al consumidor y tipo de cambio nominal y real en Argentina, variación interanual, enero 2008-abril 2017

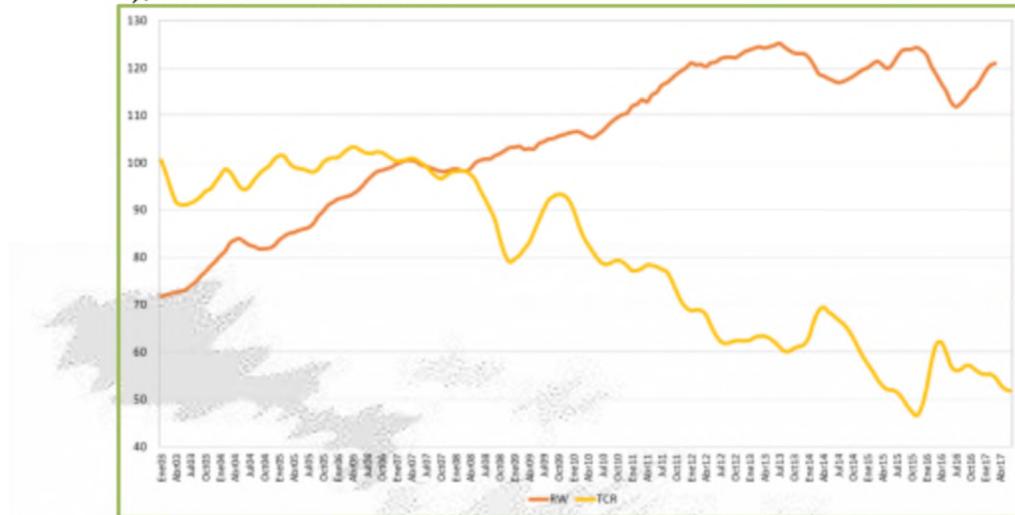


Fuente: elaboración propia sobre datos del BCRA e INDEC (IPC – CABA y GBA).

Es así... Tenemos una macro con particularidades, incluso dentro de la región, ya que aquí la devaluación duele mucho, elevar el tipo de cambio real es complicado porque el coeficiente de traslado del tipo nominal de cambio a precios es alto, el salario real responde

de manera muy negativa a las depreciaciones cambiarias y es común el fenómeno de la devaluación contractiva.

Gráfico 24: Salario real y tipo de cambio real en Argentina, promedio móvil (enero 2007=100), enero 2003-abril 2017



Fuente: elaboración propia sobre datos del BCRA y Ministerio de Trabajo.

¿Por qué es eso? Da para conversarlo con cuidado en otra reunión, pero creo que entre otras cosas ese comportamiento tiene que ver con nuestra historia inflacionaria, y que su modificación puede llevar tiempo hasta que, como ocurrió en los otros países, se alcance una estabilización sostenible y perdurable.

Una breve reflexión final acerca de la configuración productiva mirando hacia adelante, algo que con razón preocupó especialmente a Diamond y a su generación. Hay tres cuestiones, al menos, en las que creo conviene pensar, y que en conjunto definen una especie de rompecabezas en el que el desarrollo económico sostenible también socialmente demandaría ubicar piezas distintas en su lugar. Como requerimientos están la sostenibilidad externa, el cambio tecnológico y la demanda de mano de trabajo, especialmente de baja calificación.

A la manera enfatizada por el tradicional análisis del *stop-go* y según surge de la macroeconomía básica de las restricciones de presupuesto, más allá del uso transitorio de crédito internacional durante ciertos momentos, resulta crucial el cierre de la cuenta externa, o sea, el aporte de oferta de bienes y servicios transables para cubrir el financiamiento de la demanda de bienes internacionales que se requieren para el crecimiento de la demanda interna. Ahora, podría sugerirse que eso se puede lograr con una agricultura dinámica y la expansión de actividades de servicios sofisticados, saltando a la manufactura. Pero, si bien la contribución de esos sectores parece importante (y en el caso agropecuario, imprescindible), da la impresión que ese argumento “a la australiana” no alcanza.

Fijense el siguiente gráfico, ya que al fin y al cabo es cuestión aritmética. Australia en el 2011 exportaba 9 mil dólares per cápita de recursos naturales. Nosotros tenemos un producto más o menos de 14 mil dólares per cápita hoy en día. Los australianos tenían 9 mil en el 2011 con sólo la exportación de bienes intensivos en recursos naturales. En ese año, que fue un máximo de exportaciones, la Argentina en el 2011, vendió al exterior 1.400 dólares per cápita de bienes intensivos en recursos naturales, menos que un sexto que Aus-

tralia. O sea, la generación de divisas que les dan los recursos naturales a países como los de Oceanía o Canadá mismo, es de otro orden de magnitud que para la Argentina. En la región, también Chile tiene exportaciones de base primaria muy superiores. Por tanto, no nos alcanza con eso. Agreguémosle los servicios pero tampoco resulta suficiente. Tenemos que complementar con otras cosas.

Gráfico 25: Exportaciones de recursos naturales totales de países seleccionados, dólares *per cápita*, 2011-2015



Fuente: elaboración propia sobre datos del Banco Mundial y WITS-COMTRADE.

Noten de nuevo: en capital natural *per cápita* Argentina no es comparable con Nueva Zelanda, Canadá, Australia, Estados Unidos; incluso tenemos menos que Chile.

Gráfico 26: Capital natural de países seleccionados, en dólares *per cápita*, 2005



Fuente: elaboración propia sobre datos de Banco Mundial (2006).

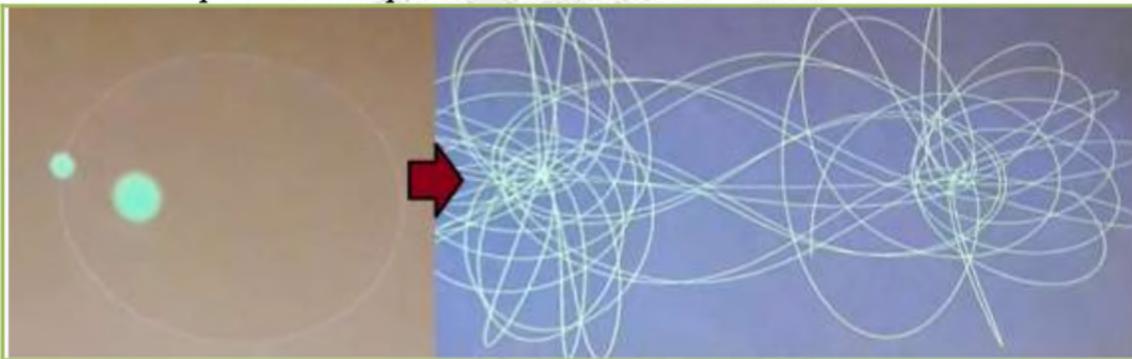
Por tanto, nuestra cuenta externa requiere manufactura, para exportación o para sustitución de importaciones de manera competitiva. No podemos ignorar a la industria. Ahora, la industria que va a contribuir a la demanda de trabajo de baja calificación no va a ser una actividad que aporte a la oferta de los dólares que necesitamos. Por otro lado: en la

época de los sesenta y setenta la industria era efectivamente un vehículo esencial del cambio tecnológico. Actualmente la tecnología está más repartida. El sector agropecuario es un sujeto del cambio tecnológico muy importante; los servicios son también un área de grandes innovaciones. Pero ciertas áreas de la manufactura deben también aportar al fermento tecnológico que contribuya a aumentar la productividad.

Creo que el trabajo que tenemos por delante es un trabajo más sutil que el que se podía plantear en los sesenta y principios de los setenta, que es encontrarle la configuración, la pieza del mosaico que te contribuya a estas tres cosas. Esto requerirá política macroeconómica: estabilidad sostenible, precios relativos (en particular, tipo de cambio o tipos de cambio efectivos, si se quiere) alineados, y tanta previsibilidad y atenuación de vaivenes de la actividad como se pueda en un mundo incierto y política industrial en serio, incluyendo potenciar y empujar aquellas cosas que estén funcionando y buscar nuevas oportunidades.

Todo eso en un entorno externo complicado, por más que a veces parezca benévolo. Déjenme terminar con un pequeño efecto especial:

Gráfico 27: Esquema centro-periferia



Fuente: elaboración propia.

El gráfico de la izquierda era centro-periferia en su época; era tal vez una situación molesta, pero se sabía dónde se estaba: orbitando alrededor de una gran masa económica. Ahora centro-periferia se ha vuelto otra cosa (gráfico de la derecha). Ahí está el trabajo que tenemos nosotros en un ámbito como éste: tratar de imaginar cómo vivir en este mundo complicado, y aportar a la tarea colectiva que hay por delante.

Bibliografía

- Banco Mundial (2006), *¿Dónde está la riqueza de las naciones? Medir el capital para el siglo XXI*, Washington DC. Disponible en <http://documents.worldbank.org/curated/en/712991468336329765/pdf/348550PUB0SPAN101OFFICIAL0USE0ONLY1.pdf>.
- Kidyba, Susana y Luis Suárez (2017), "Aplicación de los índices encadenados al empalme de series. Argentina 1950-2015", *Documento de Trabajo*, nro. 1, Programa de Investigación en Cuentas Nacionales (PICNA), Buenos Aires, FCE-UBA. Disponible en http://bibliotecadigital.econ.uba.ar/download/docin/docin_picna_01.

